RAFAEL VÁSQUEZ

Pequeñas muertes, provisorios olvidos

Ediciones
El Mono Armado

Pequeñas

muertes,

provisorios

olvidos

Rafael Vásquez

Pequeñas muertes, provisorios olvidos

Vásquez, Rafael
Pequeñas muertes, provisorios olvidos.
Ciudad de Buenos Aires, Argentina - 2016.
I.S.B.N.: 978-987-4032-03-4

Para Elbi, toda una vida juntos,
por lo que digo y lo que callo
en estos poemas.

Para mis hijas que están lejos:
Laura y Alejandra.

Para el hijo que sigue estando lejos:
Álvaro.

Para los hijos cerca: Gonzalo y Jimena.

Para los nietos que me conocen poco:
Martín, Juan Cruz, Ludovic, Leonor,
Joaquín y Matías.

Para Benicio, el nieto que está aquí.

PEQUEÑAS MUERTES, PROVISORIOS OLVIDOS

"Supongo que la literatura, la poesía, no son otra cosa que recuperaciones de sueños, traducciones de imágenes, juegos de la memoria, trazos entre líneas de puntos. Instantes, cuya sumatoria acaso lleguen a dibujar la propia biografía."

Horacio Salas
(Línea de puntos)

1. AQUÍ

"Aquí no se halla nadie sino yo
cuidando el manso polvo,
guardián del mal olvido
en este cruce de caminos,
en esta vieja casa que no está,
que tal vez nunca estuvo,
y que yo como usted estoy buscando."

Máximo Simpson
(Transcurso)

"La mitad de las cosas que conozco
caben en un poema.
Probablemente el resto no tengan importancia,
no sucedan nunca
o prefiera olvidarlas."

Daniel Rodríguez Moya
(Las cosas que se dicen en voz baja)

"Detalles.
De pequeños detalles está hecha la vida".

Osvaldo Rossi
(Transiciones)

DUDA

¿De dónde viene ese rumor secreto
vestido de palabras? ¿De qué oculta
razón o sinsentido, de qué infancia?
¿Cómo fue que llegamos a entendernos
y a indagar la raíz de la poesía?
Yo no lo sé. Todo es tal vez o acaso,
desde atrás del recuerdo y la distancia,
desde el dolor y desde la alegría.
Lo cierto es que aquí estoy entre papeles
y no sé a dónde voy. Porque la duda
pesa menos que todo lo seguro.
Quiero abrir la sorpresa a la mañana
y cerrar la cortina de la noche.
En el medio la voz, el tiempo justo
de que alguno se encuentre en lo que digo.
Que dure lo que dure. Y que se entienda.
La pregunta más fiel, no la respuesta.
No sé si es una búsqueda la mía
o un encuentro casual y lo que ignoro
me impulsa a continuar: ésa es la vida.

OTRA INTERROGACIÓN

Era el amor
que no se enseña ni se aprende.
El amor en la voz de algún poeta.
Y
la sombra de la muerte que venía
también hecha misterio, necesaria.
Pero la muerte entonces era literatura.
Después nos encontramos con el mundo:
su alrededor y el mío,
testigos y partícipes.
Una historia de vida que se escribe.
¿Qué me preguntarán?
¿Cómo fue la razón por la que supe
tanteando otras palabras y las mías
inventar el camino que nos une?
Parece simple.
Acaso no se entienda.
Así nació mi amor por la palabra.

AQUÍ ESTAMOS

Hay distintas formas
de que la poesía se quede entre nosotros.
A veces basta con insistir.
Otras veces necesitamos
que la palabra nos siga, nos alcance, nos hable
de aquello que debíamos volver a escuchar.
Pero cada camino es individual
y en algún momento lo supimos.
¿Por qué entonces la escritura
sigue siendo esa botella al mar que a veces vuelve
en otras manos?
Una pregunta apenas.
O una respuesta que no encontramos nunca.
Escribir no es más fácil que callar.
Pero no sólo el silencio sabe compartirse.
Y aquí estamos.

UNA PALAB RA

Desnuda.
Una palabra como un cuerpo de mujer
que espera la caricia.
Una palabra
que ignora hacia dónde la llevará el sonido
que la envuelve
que la contiene
que la habita.
Uno está tan lleno de palabras así
en búsqueda imposible
que no sabe exigirse,
pena por sus historias que no puede contar
acecha
y al fin no tiene más alternativa
que callar.

EL POEMA

Rastro de la palabra que no siento
como esperable y lícita condena;
que no es prisión ni angustia ni cadena
sino el cauce abisal del pensamiento.

Porque en la letra cabe y es sustento
de la vida que pasa, de la pena,
del amor que no dura, de la buena
felicidad que aguarda su momento.

Rastro de la palabra y su escritura,
toda la voz al fin, la desmesura
de indagar al espejo de la suerte.

Y entre tanto, la página vacía,
la indecisión errática y baldía
que anticipa la sombra de la muerte.

LA PALABRA

No somos los dueños de la palabra.
Apenas los intérpretes.
Cuando el hilo de voz deja el silencio
y avanza por el blanco de los papeles quietos,
la misma voz con que aprendimos a nombrar las cosas
nos va naciendo adentro.
Como antiguos chamanes a las luces del fuego
nadie sabe el secreto.
La receta no existe,
es apenas un don que no se pierde.
Hay que tentar a ciegas y encontrar una senda
por donde alguna historia se reencuentre
con el oidor afín que cierre el círculo.

Tal vez lo más difícil:
darle vida al silencio.

PAPEL

a Máximo Simpson

Cuando estaba leyendo, a libro abierto,
se cayó un pedacito de papel sin dibujo
ni letra, ni escritura,
una marca casera, sutil y provisoria
que implicaba la sabia selección de un poema
antes de la lectura.
Pero como no pude
darme cuenta de dónde resbaló la advertencia
no supe indagar nunca
cuál era aquel poema que decidió el poeta
para alzarlo en su voz hacia la gente.
Pobre señal que me dejó entre brumas,
pura curiosidad insatisfecha,
desvío impersonal de la poesía.

EL DICCIONARIO

Cárcel de las palabras, pero cárcel benévola,
cueva de los milagros que alumbró nuestra infancia
y persiste sin tregua para aventar las dudas.
Preguntas y respuestas por donde va el idioma.
Siempre te encuentro cerca, dormitando en mi mesa.
Guardas la maravilla que soluciona todo:
bienvenida la pausa que impide la ceguera
de continuar a tientas por la atenta lectura.
El viejo abecedario nació de tus entrañas.
Pronto estará mi nieto recorriendo tus páginas.

LA CASA DE MI ABUELA

El patio y sus canteros
¿plantas o flores?,
las baldosas seguras después de la cancel
y un triciclo tan fuerte que sabía
mandar los recorridos de la infancia en el patio.
Macetones con flores,
algún perro en el fondo,
seguramente un árbol.
La casa de mi abuela con un piano y dos tías
todavía solteras
para cuidar ausencias primerizas
hasta el regreso de mi madre.
En las fotografías
que nunca vuelvo a ver están los rostros
que la muerte dejó para la pena.
Viejas anotaciones
o cartas
o recuerdos
dan ese tinte sepia, borroso, del pasado.
Ya no quedan testigos
ni el lugar
y la sombra
me crece desde adentro como una despedida.

RECUERDO DEL COLEGIO

Era el pistoletazo cruel de *Larra.*
O los murmullos del doliente *Silva*
en esa noche aciaga del recuerdo.
O la silla desierta de *Carriego.*
O *Baldomero* y su ciudad despierta.
O la sombra terrible de *Facundo.*
La Negra balanceándose tan muda
mientras su perra mira inútilmente.
Y el agrio *Capitán* que se enamora
o el *Quijote* con *Sancho* cabalgando.
Tanta imaginación para un muchacho
que se bebió de golpe el horizonte
para llegar despacio a su escritura.
Tanto banco paciente en el colegio
con profesor y amigos
volviendo por las calles del recuerdo.
Los años ciertamente me protegen,
saben venir del aula sin quejumbre.
Ya todo es fiel y amable en la distancia:
la adolescencia fue. También la vida.

Referencias: 1) suicidio de Mariano José de Larra; 2) José Asunción Silva y su poema "Nocturno"; 3) Evaristo Carriego y su poema "La silla que ahora nadie ocupa"; 4) Baldomero Fernández Moreno, poemas a la ciudad; 5) Facundo Quiroga asesinado en Barranca Yaco; 6) Suicidio de La Negra en el final de "El inglés de los güesos" de Benito Lynch; 7) personaje de "El Capitán Veneno" de

Pedro Antonio de Alarcón; 8) obviamente "Don´Quijote" de Cervantes. Todo, autores y obras vistos y leídas en los cursos de castellano y literatura en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde estudié entre 1944 y 1949.

EL DIARIO DE LA TARDE

Desde mi lugar de lectura
oía el lejano tintinear de las llaves
que empuñaba mi padre antes de entrar a casa.
Aquella lejana infancia egoísta
acudía para el beso
y para apropiarse del diario de la tarde que traía.
Todavía no eran las noticias
(el mundo parecía ser limitado),
sí las historietas de la contratapa
esa distante, casi olvidada prioridad.

EL BASTÓN DEL TALA

Le gustaba caminar a mi padre.
Cuando las vacaciones abrían la mañana
entre las sierras bajas
recuerdo todavía su intención inicial cada verano.
Ir por sendas que olían a yuyo y a solazo
para encontrar un tala.
El tala –me decía- *es de madera fuerte.*
Y la rama elegida
sabía desbastarla simplemente a cuchillo.
No lo vi usar bastón en las ciudades
pero en las sierras siempre.
Para apartar la rama traicionera
o afirmarse al andar.
No recuerdo qué hacía al terminarse
la estación del estío
al volver a otros aires.
Tal vez lo regalaba.
Y el verano siguiente
recomenzaba el ciclo de su búsqueda.
No siempre iba conmigo.

PALOMAS DE CIUDAD

Al costado del aire entre unos cables
y un precario agujero sin reparo,
en la pared de enfrente dos palomas
insisten en armar su nido enclenque
y en esperar las crías.
Sin tiempo los pichones van creciendo voraces
y de pronto un buen día desaparece todo.
Nunca pude advertir si hubo enseñanza
del torpe vuelo o si cayeron antes.
Ni el casal de palomas volvió.
Pero unos meses
más tarde, en los finales del invierno
otra pareja regresó -¿o la misma?-
para ocupar el nido nuevamente.
Testigo ocasional, sin molestar su arisca
sospecha o su prudencia
vi como aquel refugio de la naturaleza
renovaba su ciclo en la ciudad ajena.

LAS VIEJAS CARTAS

Antes eran las cartas.
Rara conversación fuera del tiempo
con las dudas de siempre: ¿habrá llegado?
Pero ahora que el mensaje a la distancia
cambia su desencuentro en otro medio
que se consuma solo
llego a temer igual, cuando no vuelve
la respuesta esperada.
El error de una letra,
la clave que cambió sin que lo sepa
o alguien que ya no está.
¿Quién nos avisa
cuando el tiempo nos crece en el vacío
mientras la duda calla?

Antes eran las cartas pero ahora
por el mismo silencio sostenido
de no saber
se agranda la distancia.

LOS ABRAZOS

¿Cómo van los abrazos por el aire?
Caben en los correos electrónicos,
en las imágenes cinematográficas de *skype*
(que no puedo nombrar en castellano),
se meten por sorpresa en las tarjetas
que el cartero aún reparte.
Cuando los deletreamos
algo nos dice que siguen siendo ciertos.
Es otra forma de sentir a solas
lo que la ausencia deja en nuestras manos.

EL TELEVISOR

Aprieto ese botón y la pantalla
muestra su prepotencia de imagen y sonido.
Alguien da su opinión más que fundada
del último suicidio.
Cambio y pruebo.
Pero un pariente de otro casi llora
por una canallada
y pide más seguridad y muerte.
Dudo y cambio.
Parece que es la hora de las rencillas clásicas
cuando la gente de cartel va a divorciarse
y lo hace por televisión.
No me resigno.
Ahora no es un divorcio es una riña
entre dos figuritas que no valen
juntas ni separadas este empeño
de acaparar el tiempo de quien mira.
Paso y compruebo
que es la pantalla alerta que tenemos.
La que pide la gente. Eso me dicen.

Juro que no me preguntaron nada.

NIGHT AND DAY

“Night and day”, canción de Cole Porter

Cantábamos, tarareábamos
la música de moda que la radio y el disco repetían.
Y en un mal inglés pero con el tono justo
soñábamos con el baile o el encuentro casual.
Pero la letra: ¿qué decía la letra?
Nunca lo supimos fielmente.
No era un poema pero pudo serlo.
Es que el poema llegaba por otros caminos:
el libro o la escritura.
La juventud –muy lejos- no supo indagar
más allá de las notas.
No nos cambió.
Pero los años
se llevaron la música y el ritmo
hacia el patio de atrás de la memoria.
La noche no vuelve.
Los caminos no existen.
Habíamos olvidado la nostalgia
que de pronto nos alcanzó.

LETRAS DE TANGO

Alguien ¿mi madre acaso?
escuchaba la radio desde otro cuarto de la casa.
Gardel cantaba en vida, en tango y su sonido
mi infancia lo tomaba como un fondo
de música corriente en la mañana.
O en la tarde sin juegos y curiosa.
Después vino su muerte y todo era
un sacudón de canto y de nostalgia.
No para mí que sin embargo oía
la música de todos.
Después, mucho después fui por las calles
de esta ciudad, la mía, la que quiero.
Y aprendí de los tangos el idioma
que nunca más dejé, que está en la ausencia.
La orquesta se acabó. Como una sombra
fue perdiendo violín y bandoneones
pero el cantor quedó, náufrago erguido,
con el compás viviente y trasnochado.
Toda la vida alcanza, sin historia,
para seguir un tango que se entona
con la voz que nos queda. Y los amigos
que nos encuentra juntos todavía.

Alguien –ya no se quién- casi al oído
viene a decirme adiós como en un tango.

NUMERO *FREE*

Llega
por esa soledad de los teléfonos,
de los números *free* que multiplican
la brevísima clave
y agrandan los espacios y el paisaje.
Mi número no está, me quedo afuera.
Luego me contarán con los detalles
cómo amanece lejos;
y las olas
romperán al alcance de mi mano
por las hendijas de la fantasía.
Las luces y la arena
volarán con recuerdos de otro tiempo
pero el relato basta
para que el no saber se quede quieto.
Mi silencio la envidia
porque en su voz la crónica se ensancha
y la noche y el sol casi se tocan.

LA FOTO

Por la sonrisa de una foto
se llega al viejo tiempo que pasó.
No ha cambiado la casa.
Apenas las paredes visten un cuadro nuevo
o les falta un tapiz que ya no está.
La sonrisa perdida nos recuerda una historia,
una aproximación a la felicidad
que nunca se detiene.
Indaga el pensamiento que no conoceré
porque el perdón del aire no me basta.
Otras figuras pasan
para quedarse fijas en la imagen,
en otro espacio que cambió.
Qué reiterado acento
sin voz pero presente
me dibuja palabras del olvido
que no diré jamás.

FOTOS

Miro una serie de viejas fotos de una nena.
Son pruebas de retratos, actitudes distintas y sonrisas.
El fondo oscuro, algún objeto a mano,
una sombrilla, un libro,
poses sencillas que el fotógrafo guiaba
para encontrar la toma exacta
que complaciera a toda la familia.
Tiene cinco años esa nena. O cuatro.
Sólo una vez reconozco sus rasgos,
apenas,
aquel gesto que durará en su cara
para enamorarme.
Nada del futuro entonces,
nada del misterio que hará venir su vida
hasta mi encuentro.
Todavía
los años la embellecerían hasta la madurez.
Pérdidas y ganancias, hijos, un nieto,
cuántas expectativas imposibles de discernir.
Algo puede nublarse en mis ojos:
la culpa de no hacerla más feliz.

LAS MANOS

Nacieron para el juego,
para ganar un lápiz
y sostener su limpio abecedario,
para escurrir la arena que caía
sobre una playa inmensa.
Para guiar mi caballo, para cazar luciérnagas.
Después fue la caricia,
la que ya no recuerdo: madre, padre y olvido.
Las de aprender secretos.
La juventud me supo a piel desnuda y tibia,
fértil a otra caricia
que inventaron las manos.
Aprendices de adioses cuando la despedida
sabía alzar los gestos que anunciaban ausencias.
Las de escribir a ratos
las de alzar a los hijos.
También supieron darse con el viril saludo
o aferrarse al amigo completando el abrazo.
Todavía no las veo
torpes para mis años
pero están las arrugas, las manchas, el ocaso.

LA EXPERIENCIA

Dicen que cuando uno
logra sumar los años que permiten
otra vista del mundo:
este mundo común y pequeñito
del recorrido diario,
uno se sabe guiar mejor que antes.
Uno evita deslices,
errores cometidos y torpezas
porque tiene el caudal de la experiencia.
Luego vienen los hijos
y se espera enseñarles las claves de la vida,
ahorrarles los tropiezos, los golpes, la ceguera.
Sólo que son distintos
afortunadamente
y cada uno maneja su propio rumbo incierto.
Los consejos no valen
las historias no sirven
nunca es bueno el ejemplo.
La experiencia
no nos sirve de nada.

LA VIDA Y DOS CIUDADES

Esta ciudad no fue la tuya
pero
supo ganarte al fin.
Aquel azar de la poesía –y vos y yo-
tuvo que hacer la noche y el encuentro.
Pero hubo otra ciudad que sí fue tuya
antes:
toda tu infancia deletreada en cuadernos
y música
y lecturas.
Tu casa y dos hermanas
y el tiempo que estiraba tus apetencias nuevas.
Un barrio casi suburbano,
zanja, portón y un árbol velando la vereda.
Más adentro la parra, tu ratito de sol y tu escritura.
Pero dejaste al fin las diagonales,
los números prolijos de tus calles
y un reflejo de rieles olvidados.
Y te viniste con tu vida sola
para el amor, los hijos y los años.
Y el nieto que el futuro te ilumina.
Esta ciudad que ya es la tuya sabe
que te ganó con su paciencia larga.

SOBRENOMBRES Y NOMBRES

Los sobrenombres
o los diminutivos
viejas costumbres que inventaron los padres.
Formas de enmascararse en la ternura,
disimulo de la distancia que crecía
mientras uno también
crecía hacia otra voz.
Nunca los elegí.

Y sin embargo
pude torcer tu nombre, cambiarle una vocal,
hacerlo sólo mío para ese entendimiento,
darle un sonido raro que nadie averiguara,
cómplice del amor.

De lo que hemos perdido,
de las culpas y el tiempo,
de la vejez sin noche
no voy a hablar.
Apenas
te repito ese nombre
para volver a vos.

LOS MIEDOS

Hay miedos que no están.
El timbre de la puerta, una sirena lejos,
un ruido a cualquier hora
se te fueron de a poco detrás de la memoria.
Pasó también aquel horario de visitas
para ver a tu hermana.
El sobresalto te duró por años
y sin embargo ahora
la noche baja casi igual para todos.

El miedo entonces
se escondió entre tus sueños
y fue otra pesadilla más a mano del alma.
Bastaba despertarse para acallar el grito.

Hay más de media vida que compartimos juntos.
Algo nos mide a solas aciertos y fracasos
pero el saldo nos une.
Por eso cuando el tiempo te lastima lo incierto
y el presente se achica con un dolor que espera
sé que hay miedos más nuevos que no puedo apartarte.

Soy el testigo inhábil que no sabe rezar.

HUECOS

Cuando la desnudez era una alegría,
mezcla de vergüenza y timideces
en un tiempo lejano,
descubrimiento de la felicidad que bastaba
para iluminar la noche.
Cuando la noche misma
sabía comenzar despacito
para que todo pudiera caber en ella.
Cuando la memoria
ahora
junta sus huecos todavía
y el olvido
pasa de largo por el insomnio de la juventud.
Algo
queda sin explicarse en nuestra historia,
páginas dejadas atrás
que nunca sabremos recuperar.
La vida
tiene esos resquicios,
nadie comenta lo que ignora.
Y el futuro no sabe retenernos.

RECUERDOS COMUNES

Los recuerdos comunes son momentos,
cuando la vida nos quiso atrapar juntos.
Un simple hotel de citas al comienzo
de todo, cuando todo era distinto.
O una foto mirándonos los ojos.
O un aire en vacaciones. O una espera.
Otra ciudad la tuya y ésta mía:
¿qué pensamientos guiaban cada viaje
para vivir lo que ahora son recuerdos?
¿Qué buscabas en este solitario,
qué chispas en tus ojos encontraba?
No sé tu pensamiento, no sé el mío
en cada instante juntos, nadie copia
lo que una vez vivió.
Ni las palabras.

VIEJOS POEMAS

Uno sabe encontrarse en los viejos poemas.
Como una foto antigua sin testigos
ni fotógrafo al paso,
con el hilo sensual de las palabras
se mete en el paisaje o en el cuarto,
en la cárcel sin voz de la memoria
o en la ciudad que siempre nos protege.
Y sabe qué pasó, cuál el destello
que fue guiando la mano en el poema.
Por eso es que el autor y el argumento
nunca lo explican todo. Lo secreto
nos invade y nos deja al mismo tiempo.
A medias dicho o confesado a medias
nadie lleva la brújula en su texto.
Si no hay nombres expuestos nadie atina
a buscarse después en la penumbra.
La mitad de la historia está en el libro
o en el papel recién inaugurado.
La otra mitad se esconde o no se dice.
Sin embargo
uno sabe encontrarse en sus viejos poemas.

LOS HIJOS

No hay recetas que sirvan. Cada caso
nos agobia o desata la esperanza.
Nadie nos preparó pero un buen día
los hijos van creciendo y nos observan.
Tanta mano tendida y los juguetes,
tanta breve lectura antes del sueño,
tanto orgullo creciente o tanta pena.
Toda buena intención no es suficiente
para lavar la culpa de este padre.
Los recuerdos se suman a las fotos
y los cambios previenen desde el alma.
Es como una película que pasa
por la vieja moviola de la vida:
ya han crecido de más, ya nos dejaron
y su verdad o error saben dolernos.
A veces todo el mundo nos separa,
a veces simplemente alguna calle.
Los ojos de la infancia se agrandaron.
No les pedía opinión
y ahora opinan y juzgan.
No todas las parejas perduraron
pero son hombres y mujeres hechos.
Uno se empequeñece sin quererlo
y hace cuentas absurdas mientras mira.

EL ABRIGO PERDIDO

Tiene seis años, casi siete.
Para distraerse,
para no atender,
para olvidar las recomendaciones,
para perderse con el amigo, compañero de banco,
o entreverarse con la aritmética y el dictado.
La realidad es una cuenta aparte,
más para afuera de la escuela,
para afuera del pasillo de su casa,
para los noticieros de la televisión.
Y sin embargo tuvo su primera experiencia
cuando buscó su abrigo y no lo encontró,
cuando vio la percha del aula más vacía que nunca,
cuando las dudas fueron más torpes y fuertes que su escasa razón.

Alguien
-nadie lo supo-
se llevó su abrigo.
Pobre manera de matar la inocencia.

VIAJE A LA COSTA

Uno está acostumbrado
a los viajes brevísimos que la ciudad demanda:
el trabajo, la escuela y poco más.
Parece tonto que unas vacaciones
también escasas
para llegar al mar que tanto sueña y es soñado
fuera motivo de preocupación.
Pero esta vez la hija con el nieto
se nos van sin nosotros: los abuelos.
Y hay una imprecisión que está en el aire,
una espera al teléfono tan mudo,
un viaje que discurre en los caminos
entre el campo y la noche,
entre el sueño inseguro y los fantasmas
hasta llegar al sol.

La carga que no pesa está presente:
¿cuántas veces les dije que los quiero?

VIAJE

a Laura

Ha salido el avión. No pude verlo
pero lo cierto es que te fuiste.
A la costumbre de sabernos lejos.
Una visita ocurre cada tanto
y es el saldo del tiempo el que nos mide.
¿Poco o mucho? Los días han dejado
de contener las horas que aprendimos.
Porque al venir
fue como si bastara saber que estabas cerca.
¿Qué nos queda de todo?
Las esquinas,
las calles repetidas, este cielo,
rincones de la casa, nombres, luces,
mi amor en otro idioma, sentimientos
y el oficio de padre desvalido.

Por eso la alegría es una cuenta
que suma y pierde sin querer la vida.

OTRO VUELO

para Alejandra

Me dijeron
que perdiste el avión. Y en este viaje
por años demorado
esa desatención de los relojes
o la culpa de quién o lo que ignoro
sólo nos juega en contra: nos robaron un día.
Ya estábamos viajando
vos a un lado del mar, yo en la otra punta,
con alma, corazón y pensamiento,
con las alas del sueño más veloces.
Y ahora sé que no estás en tu butaca
sino sola de tantas soledades
en un cuarto de hotel hasta mañana.
No me digan
que lo que pesa un día no se advierte
en la suma total del almanaque.
Que el beso postergado no es más beso,
que mañana estarás cuando te abrace.

Qué es mañana sin hoy,
cuando te espero.

PARTIDA

Llueve y es una tarde triste y sola
que no sabe apagar tu despedida.
Llueve para ignorar que las palabras
no pueden discernir lo que sucede.
Llueve para que el aire que te envuelve
cruce como una lágrima tu cara.
Llueve para que nadie se detenga
mientras pierdo el adiós que no nos dimos.
Llueve porque la vida es esta sola
y juega con nosotros la distancia.

OTRO MADRID

Ganas de atesorar en la memoria
los árboles y el sol y el agua dócil
que resbala en las fuentes de los parques.
Y la ciudad antigua que me cuenta
con las paredes las historias viejas.
Todo lo diferente. Lo que busco.
Lo que camino y me descubro dentro.
Hasta la luz y el aire en sus mujeres,
hasta el rastro del tiempo que no pesa.
Cuántas veces volví, mientras los años
demoraban su cuenta en cada viaje.
Y cada vez también me despedía
como si nunca regresara a verla.
Ahora mismo no sé, mientras su cielo
sin una sola nube me protege,
qué pasará, si volveré a sus calles.
La vida tiene historias
que no piden permiso. Y que terminan.

MADRID, PLAZA DE ESPAÑA

Con el sol a mi espalda
para que otros ojos se llenaran de luz.
La Plaza de España desdibuja,
duda su geometría
mientras Quijote y Sancho saben desentenderse
de los improvisados jinetes
que disputan un sitio en sus cabalgaduras
entre fotos y risas.
No es posible apartarse de la gente
que cruza la mañana como cruza la plaza.
Tampoco sé meterme en la lectura
del libro fiel que llevo
porque la espera manda y la paciencia
pierde apenas un tiempo desvalido.
Ignoro desde dónde
sabrá llegar, nunca a tiempo, a mi encuentro.
Mientras tanto,
aquel sol de Madrid persiste y dura
lo que dura el recuerdo.

OTRA CIUDAD APENAS

¿Cuántas horas alcanzan para recorrer una ciudad,
un barrio, algunas calles,
perseguir las huellas que no conocemos,
buscar en las esquinas una música fiel?
Los recuerdos cambian de dirección,
no nacen
de un pasado impreciso,
de un olvido.
Es cierto que no tuve
imágenes de viejas películas doblando la mañana
hacia la tarde
ni canciones sonando en mis oídos,
ecos que perduraban sólo dentro de mí.
Y pude subir calles y escaleras,
navegar ese río dibujado en los mapas,
mirar la vieja torre de hierro y convencerme
de que en verdad se erguía, sin soñarlo, a mi alcance.
Ahora todos los puentes del Sena se acumulan
para mover recuerdos de una tarde de agosto.
Y desde la colina de Montmartre los tejados
me inventan las pequeñas historias de la historia.

MI CABALLO

En un rincón oculto,
temblor entre el olvido y la memoria
comido por los años.
En otra geografía
donde no me cruzaba la esquina ni la calle
de esta ciudad que vivo
y el aire era verano.
Allá donde hasta el tiempo demoraba su carga
y el olor era arisco.
Supo venir despacio a comer en mi mano
y a resoplar sin miedo
mi caballo gateado.
Las sierras eran chicas y hasta el cielo
nunca fue tan intenso.
Senderos y caminos se metieron
sin mapa en la memoria.
Espinillos y talas,
un molle, un algarrobo, las voces del arroyo.
Crines rubias al viento en el galope
o al paso la inquietud atenta y firme.
Patria de mis veranos que no pude
meterla en el poema
pero quedó en el fondo como un manso rescoldo,
crin y pelaje muertos
para tanta distancia.

VACACIONES DISTANTES

Fueron las vacaciones más felices.
Aunque la adolescencia parecía
tocar la eternidad de los sentidos,
la invulnerable certidumbre
del amor y del tiempo.
Pero estaba el paisaje. Tuve
los cielos más abiertos,
los senderos robados al silencio desnudo de las sierras,
mi caballo más fiel.
Años duró ese mundo de veranos sin límites,
cuando las vacaciones parecían no agotarse.

Ahora que la vida me da de nuevo el tiempo
para gastar sin tasa
no es lo mismo que entonces.
La casa de mis padres cambió hace muchos años
de dueño
y aunque exista, no he regresado nunca.
Mi caballo se ha muerto.
Sé que nada es eterno.
Acaso ni la piedra, ni el camino, ni el río
sabrían guiar mis pasos en busca de mi sombra.
Fue una costumbre cierta, repetida y gozosa
la de volver. Ahora
ya no cabe el regreso.

CATARATAS DEL IGUAZÚ

Paisaje.
Todo excede lo que vimos mil veces
sobre un papel escaso que reclama el milagro.
El entorno de selva que nos protege apenas
y el agua enfrente:
el agua.
Agua multiplicada en mil hilos o en bruta
caída desde el río que se despeña intenso.
Los pájaros y el agua.
La neblina del agua.
Múltiples arco iris que el sol repite y cambia.
La gente que camina. Que se detiene y habla.
Mil fotos para hallarse cuando vuelva a su casa.
Los idiomas distintos.
O el silencio cohibido que no reclama nada.

Simpáticos ladrones que se acercan sin miedo,
los coatís nos dibujan otra presencia extraña.
Algún mono. Y los pájaros que se inventan colores
que nunca descubrimos en la ciudad lejana.

Todo nos maravilla.
Nada se desvanece.
Cada minuto tiembla, se hace recuerdo y sueña.
Pero está muy despierto para toda la vida.

PÉRDIDAS

Uno se ha despedido de los padres.
Hace mucho que ha saldado las cuentas
y casi no se permite la melancolía.
Pero el paisaje cambia
tanto en esta ciudad
como en aquellos otros rincones provincianos
apenas escondidos en un terco lugar de la memoria.
La mirada es apenas refugio de un olvido
que no sucederá.
Los vientos de otra edad
me sacuden las ramas de los árboles que alguna vez plantó
mi padre.
Pareciera que el ómnibus asomado en la loma
vacila como entonces
y acelera en la ruta visto desde la casa.
Los dos caballos mansos vuelven desde una foto.
Caballos. Mi caballo,
maneado en el recuerdo,
pastando su silencio,
listo para el brevísimo galope
o para el largo recorrido al paso,
dócil descubrimiento de las sierras perdidas
bajo sus tercos soles.
Cuando los años cambian el sentido del juego
reduzco las apuestas, reconozco espejismos,
sé que empieza la racha de perder y la vivo.

ÚLTIMO DÍA DE CLASES

Con su quietud de tarde dominguera
repintada de sol junto a la vía
la escuelita descubre en este día
su corazón de fiesta y su bandera

Límite de suburbio: más afuera
de la ciudad su calle y su alegría;
pero suelta en el aire todavía
su esperanza inocente y duradera.

Hoy el alma de cal que en ella alienta
quiere lucir más simple y más contenta
y en su patio de tierra cabe el cielo.

Pero hay una nostalgia que la envuelve,
y un blanco adiós de tiza se disuelve
sobre el opaco pizarrón de duelo.

PARQUE DE DIVERSIONES

Hay algo de forzada algarabía
descomunal en su ruidosa fiesta,
en su magia mecánica y modesta,
llena de luz errátil y vacía.

Porque la multitud que desafía
la gravedad, el giro, el choque en esta
búsqueda empecinada, hasta le presta
el engaño feliz de su alegría.

Lejos la infancia mía y la que vino
después (la de mis hijos), su destino
miente un viaje distinto cada día.

Pero el pasaje ambicionado sabe
volver con otras caras, donde cabe
todo el asombro de la fantasía.

IMAGINARIO

Imaginario
festejo de la vida sin condición ni plazo
por donde vienen años, experiencias inútiles,
lo que el destino manda.
La mirada que sabe
ya no interroga, luce
un aire de caricia, un desnudo olvidado,
un difícil presente para lavar reproches.

No hay que sumar, entonces,
cantidades absurdas:
años y desencuentros,
colores y nostalgias.
Cuando ya no despierte su eterna maravilla
cierto amor asombrado
sólo queda el silencio.

VIVIR DE OTRA MANERA

La vida
es un continuo viaje de ida y vuelta.
Cambian las estaciones
pero igual regresamos
para reconocer lo ya perdido.
Somos bien educados,
para eso nos dijeron en la infancia
que existe el bien y el mal
y Dios
y un orden cierto.
Después nos enseñaron lo que nunca cambiaba:
que dos más dos son cuatro, que el espejo no miente
y la noche amanece para seguir al día.
O la historia escolar donde los héroes
pasaban desde el libro al monumento
sin arrugar el gesto.
Palabras y palabras importantes
-siempre las mismas-
que sabían tener tantos sentidos
diferentes.

Por eso regresamos
con esa desconfianza del perdedor que espera
y con la precaución de los testigos.

Sabemos que es posible vivir de otra manera.

ALMUERZO DE EX ALUMNOS

Aquel lejano primer año viene
sin dar explicaciones
a cargar la memoria
de olvidos que empezaron muy temprano.
Afinidades y amistades fieles
y fechas que supieron definirnos.
Después las profesiones marcaron otra etapa
de unir y separar.
La vida
se encargó de otro pase de lista
y mezcló despedidas sin piedad
ni consuelo.
O la alegría del abrazo olvidado.
Antes
de un año a otro los cambios nos decían:
exposiciones, viajes, nombramientos
o libros publicados.
Otras historias se omitían.
Ahora,
cada reunión nos sirve
para estirar el reconocimiento
y contar las ausencias de los que ya no están.
Y este encuentro es así: de un hoy pequeño
-sin renegar los años que cargamos-
por la confirmación final de estar presentes.

UNA DEDICATORIA

a Patricia Síbar

Los afectos no pueden duplicarse
ni compensar errores, desmemorias inútiles,
enderezar palabras.
El nombre que escribimos queda con nuestra letra
y sostiene la huella de la equivocación.
¿Fue importante?
En el libro puede perder presencia
porque los dos sabemos quién es quién
y no pesa.
Sin embargo la culpa,
mínima y obsesiva,
fantasmita elocuente
me dibuja la historia
del error.

EL MOVIMIENTO

El movimiento.
Más que el retrato vivo,
la apostura si cabe,
la mirada y la voz: el movimiento.
Allí es donde se nota la vejez.
Aun no nos tiembla el paso
pero es lento,
como una duda enfrente
de un cruce de caminos.
Los escalones pesan, precavidos,
y el pasamanos nunca se desecha.
El movimiento
no se atreve a soltarnos,
nos ubica en el tiempo de la vida,
finalmente nos deja.

LA BALDOSA

Una baldosa en la vereda.
Con un nombre.
Nombre que alguna vez fue un cuerpo
tendido en ese sitio. O en la calle.
O donde no se vio.
¿Antes no sucedía?
O si ocurría
el luto se llevaba en otra forma.
Pero vino la noche
que se trajo la muerte subrepticia,
la muerte diferente.
Y después otra gente que no supo
cuidar un arma sin soltar los demonios.
Y también la memoria.
Sin la cautela de la despedida.
Sin el silencio que la alimentara.
Una memoria de decir el nombre,
de hurgar la trampa, de vencer el miedo.
De buscar la justicia.
Ahora
cuando camino la ciudad me cruzo
con algún dato expuesto,
fecha y algún detalle solitario.
Una baldosa.
No es hora de callar pero acongoja.

AUNQUE NO LO CANTEMOS

a Joan Manuel Serrat

Era un muchacho más ese poeta
que nos venía a cantar lo que escribía.
Y un mundo más difícil este mundo
pero la juventud nos disculpaba.
Sabemos que hay canciones para todo momento,
para el amor y para lo que duele,
para aguantar el tiempo del silencio,
para saber que el mal también se muere,
para nacer y para la alegría.
Nunca tuve toda una letra en la memoria
pero
siempre pude seguirla al escucharlo.
Ahora vuelve y nos dicen que han pasado
cincuenta largos años desde entonces.
Y sé que es cierto.
Con cualquier *¿te acordás?* se lava el alma
de todo mal reproche, del olvido.
Un acorde inicial suena a lo lejos
y un viejo verso nunca envejecido
-aunque no lo cantemos ni en voz baja-
nos enciende la voz entre recuerdos.

CAFÉ MONTSERRAT

a Luis Calvo, Amadeo Gravino y Julio Bepré

Tus paredes se asombran con cuadros diferentes
y el color te interroga su pregunta más nueva.
Debajo está el ladrillo.
Y en un rincón los adoquines grises.
Las mesas guardan ecos de palabras y trazos
con que nos dedicamos historias y recuerdos
mientras nos anochece con el café y el vino.
Pero todo está vivo.
Como el tango que dice la guitarra de Pako
mientras su canto entona los versos que sabemos.
La costumbre del aire que se respira sabe
despertar otros versos, los que enciende el poema.
¿Dónde quedan los ecos que atesora la vida
para volver con ganas? ¿Dónde guardás las sombras?
Marcos te dio una noche su bendición agnóstica
cuando te impuso cátedra del café que nos guarda.
Y los amigos saben dónde está cada silla,
cada libro despierto, cada encuentro sin cita.

Tus paredes se ensanchan cada vez que nos vemos.

MEDIA VIDA

para Alberto Szpunberg

Media vida
puede estar sin querer dentro de un verso.
O la frase que sabe
cómo ganar la noche sin reparos.
Hablar con un amigo
es también aprender de la nostalgia
cuando el futuro achica sus confines
pero nos muestra vivos.
Y la mesa del bar donde la calle
ya se deja tocar de tan mansita
que nos cabe en los ojos
es otro aprendizaje
de la ciudad que siempre nos pareció más nuestra.
Como la voz de un tango.

Vengo tras de tu libro,
suma de tanta vida hecha palabra
que todo me parece como la juventud ausente.
Visión que compartimos por caminos muy otros
siempre tan diferentes que sin embargo había
después de tantos años una ruta certera:
con los ojos más viejos caer en el abrazo.

AMIGO

a Horacio Salas

Amigo: me estoy cansando de las despedidas.
Por eso te propongo:
hagámoslo al revés.
No esperemos que el tiempo nos separe
y que a alguno le pese
aquello -seguramente poco-
que no alcanzamos a decirnos antes.

Si uno se preguntara por alguna palabra,
por la raíz oculta del poema,
por el origen de las preferencias
y cómo nace la amistad a ciegas
me encontraría buscándote
desde unos pocos versos repetidos
de tu libro inicial.
Y contaría también el azar de Santoro
que inolvidablemente me anotara tus señas.
Rastreador del pasado
hoy
aquella joven voz venía
tanteando y obstinada
para encontrar la voz del semejante.
En mi segundo libro te dediqué un poema
y estaba en él

entera la ciudad que nos juntaba.

Después
hubo celebraciones.
Cada vez que sumábamos los libros
era un cambio de manos
sin cambiarnos la hondura del afecto.
Hubo también ausencia.
Y el exilio.
Y los huecos que nunca se llenaron.

Ahora
camino de tu casa, a espaldas del zoológico,
puedo cambiar recuerdos
de una infancia que no tuvimos cerca.
Que no importó.
Porque uno va creciendo a solas.
Porque no todo se comparte.
Porque la vida tiene
su brújula cabal que no se entera
de algún dolor, de algún amor, de alguna muerte.

Ahora
que la vejez nos alcanzó sin ganas
vale el mismo fervor:
todo el tiempo nos cabe en un abrazo.

LECTURA EN BUENOS AIRES

a Daniel Rodríguez Moya

Tendría que contarte como llegué a tu libro.
Son pequeñas historias que suceden
como los cuentos de una vieja infancia.
Había una vez… (perdón):
Hubo una tarde en Buenos Aires
cuando un poeta amigo presentó varios libros.
La sala estuvo llena y a quienes no asistieron
para leer sus versos
una actriz que los dice como deben decirse
les prestó la cadencia de su voz.
De dos poetas
supe que eran del todo imprescindibles.
Uno, también mi amigo de incontables lecturas,
cronista de sus años de vida en Catamarca,
que siento en su poesía y atesoro en sus libros.
El otro, la sorpresa de este descubrimiento
donde la geografía no nos pide permiso
y estar lejos no importa porque está la palabra.
Ahora cabe en mis marcas todo mi sentimiento.
No hay alegría más cierta, más fiel ni necesaria
que encontrarse en tus páginas: la vida hecha poema.

LA AMISTAD

La amistad reconoce caminos diferentes,
explicaciones varias fuera del diccionario.
A veces me sorprendo buscando sinsentidos,
dudas que no me importan
certidumbres que valen.
¿Qué es finalmente aquello que nos late muy dentro
y así nos acompaña,
que nos llena de gozo
por compartir palabras, caminatas o mesas
del café que nos junta para acercar la noche?
La amistad tiene y vive matices diferentes:
o voces que se encienden casi como la mía
o las que saben guiarme a una ruta distinta
que no se entiende ajena porque igual me conmueve.
La amistad a esta altura de la vida se achica:
no hay sorpresas unánimes
ni festejo sin pausas.
La amistad no conoce de renuncias ni olvidos.
Si es que estoy despidiéndome
que el adiós no se note.

DEMANDA

Antes de que la vida me despida
sin liquidar mi sueldo de palabras,
sin indemnización por mis lecturas
ni juicio estrafalario.
Antes de recurrir contra el destino
ni plantear habeas corpus
al Tribunal que ignoro. Me someto
sin nulidad que valga. Ya es bastante
lo que pude vivir. Como testigos
citaré a mi mujer, hijos y nietos
y a los pocos amigos que me alegran la vida.
Mi profesión actual que no se oculte:
simple hacedor de versos jubilado.
Solamente
reconozco silencios sin disculpa
pero también sin malicioso dolo.
Algún olvido absurdo que a mis años
pretendo dispensar (si es que me acuerdo).
Ni siquiera injusticias cometidas.
Pero quiero
mientras la causa siga abierta
hacer uso final de la palabra.

2. CUANDO PASÓ EL AMOR

"Serás, amor,
un largo adiós que no se acaba?"

Pedro Salinas
(Razón de amor)

"Ellos deberían decir sencillamente
fueron una mujer y un hombre que se amaron
y cuyo amor persiste
gracias a unas combinaciones secretas de palabras."

Horacio Salas
(Línea de puntos)

"En todo amor hay algo de oscuro y de perverso.
Hay siempre algo de absurdo en todo amor."

Carlos Marzal
(La vida de frontera)

"El deseo es penumbra en la noche del después"

Marizel Estonllo
(Estocada)

SIN RESPUESTA

Cuando nosotros le escribimos
¿ella también escribe la historia de su vida,
su necesaria duda,
su imposible secreto?
O simplemente calla para advertir qué errores
cometimos.
La palabra es testigo desde la fantasía,
pobre y arduo camino
que nunca entenderemos.

Cuando nosotros escribimos
¿ella alcanza a escucharnos?
¿Qué magia le anticipa las palabras difíciles
que el amor le endereza más allá de la pena?

Cuando nosotros le escribimos
no viene la respuesta.

ELLA SABE

La noche tiene huecos
y ella traspasa sigilosamente
las edades, el sueño, los olvidos.
Encuentra los idiomas más antiguos,
los que ya no entendíamos,
tiene la juventud de los amores
que se concitan solamente en uno.

Ella sorbe los jugos de la vida,
ella no sabe amanecer a solas,
ella mata la sombra de la muerte.

DESACUERDOS

Cada cuestionamiento
cada desacuerdo
no hace más que encerrarme en mi silencio
inútilmente ajeno.
Cerco desmotivado y agrio
que tapia cada puerta
más allá de las líneas de la vida.
No hay causa que lo entienda.
Tosco remordimiento que no sirve
porque no se confiesa.
Porque no indaga motivos y se pierde
la ocasión agridulce
de recortar las diferencias.
Después viene el poema
y el círculo se cierra
cada vez más a solas.

PEQUEÑAS MUERTES, PROVISORIOS OLVIDOS

No quiero verte los ojos del dolor,
los ojos de la despedida
que parecen vestirse con un llanto invisible,
con la neblina de la pena,
con el reproche de la soledad.
No quiero presentir
relámpagos de olvido
confundiéndonos el silencioso idioma de la pasión,
desatando el abrazo,
persiguiendo la mano que te busca
fuera de todo raciocinio
para herirla de muerte.
Reconozco mi error, mis egoísmos,
mi pretensión absurda
de llegar a quedarme sin tu sombra.
El tiempo y la distancia –pequeñas muertes,
provisorios olvidos- tampoco valen
para diluir tu imagen.
Porque el recuerdo,
como una quemadura de placer y de daño
viene a morir conmigo cada día
sin adiós.

LOS POEMAS DE ELLA

Palabras.
Uno sabe llegar a sus raíces por sendas diferentes,
caminos en el aire cuando la voz las cita,
caligrafía distinta para cada registro
donde el verso descubre su pasión, su silencio,
esa razón oscura
que retuerce en las letras su más hondo misterio.

Ella venía de lejos
y su lenguaje supo deslumbrar soledades,
noches, aprendizajes, abecedarios nuevos,
sin más explicaciones que aquella voz distinta
vestida de palabras.
Porque la certidumbre, la desnudez expuesta
pasaba por el cuerpo del amor y el abrazo.
Nunca por las palabras ávidas del poema
que amparaba en secreto.

Hubo un tiempo más joven que mereció la vida
y sin embargo nunca se mezclaron las voces.
Es como una tristeza saber que las palabras
van por versos distintos camino del olvido.

CUANDO TE VAS

Cuando te vas
las sábanas no saben disimular tu ausencia.
Sólo la almohada guarda huellas de tu cabeza,
un hueco inverosímil, alguna arruga, el rastro
de un perfume.
No hay soledad ni angustia cuando te vas
apenas
la tristeza del aire sin tu voz,
la caricia
que se quedó en mis manos buscando tu cintura
o ese remordimiento
de que el amor se pierde.
Todo el resto es alegre,
tan simplemente bueno.

LO QUE PUDO PERDERSE

Después
de las exigencias de la pasión,
cuando el desorden de las sábanas
invade las grietas de la soledad
nace el diálogo -y a veces la tristeza-
mientras las palabras parecen nublarse con el humo
de un cigarrillo
cuando despiertan a la realidad.

Después
el amor queda como la resaca
traída a la playa de un naufragio
o es la borra en el pocillo de café
donde adivinaciones y conjuros
podrán leer el porvenir.

Renuncio a esa lectura,
como a toda seguridad
y a las trampas del tiempo y del recuerdo.

Lo que pudo perderse fue vivido.

PROFECÍA

Hay palabras sencillas como el odio,
como el amor, como decir te quiero;
atreverse hasta el hoy, soltar un nombre,
saber lo que es el pan, el aire, el día.
No hay errores ni dudas. Son tan ciertas
que es imposible equivocar su rumbo.
Pero hay otras palabras inocentes
con su carga de dicha y de tristeza,
como una voz frente a su doble espejo,
como una profecía.
Desde el antiguo mito las palabras
para extraviar mi certidumbre vienen
cuando el futuro suelta su misterio.
Yo que lo niego por vivir al día
ahora lo miro sin saber salvarlo,
sigo tu rastro y me confundo a solas.

Dame tu magia de adivinaciones
y la moneda del destino en llamas.

LA PULSERA

Para ceñirse a tu muñeca,
talismán del amor y los adioses,
mudo testigo
de lo que da tu mano y lo que niega,
vértigo de la ausencia y la caricia.
Cerco de aire y metal que no limita
más que con el recuerdo de mi nombre.
No te mentí.
Pero la vida duele
y no sirve la voz para explicarla.
Por eso los sonidos
quedan en mis papeles como un eco
que te dice la pena y la alegría.
También para durar queda el silencio
y la luz de tus ojos y el festejo.
Mientras aprendo a perdonarme el tiempo
de ser feliz, te cedo este amuleto:
refugiado en la magia de tus cosas
como un hilo de Ariadna que nos salve,
protegido de muertes y de olvido
para ceñirse fiel a tu muñeca.

LA NOCHE EN LA CIUDAD

La noche en la ciudad monta sus trampas
mientras el aire del verano acecha.
Una calle de luces que no basta
para matar los besos que despiertan.
Nadie me dijo que el secreto existe
para apagar la piel, la piel en llamas.
Los años que se cargan de silencios
también pueden arder y no se explican.
¿Quién conoce de veras a la gente
que quedó en un recodo del pasado?
¿O quién puede dar fe que se conoce?
¿A dónde va el encuentro
si la luz de unos ojos no lo alumbran
y la sonrisa sube a la mirada?
Esas chispas de luz no se abandonan.
Y han de seguir velando los recuerdos
con la inocencia de la despedida.

LA MUJER DEL AMOR

Cada separación sabe advertirme
que dejo mis costumbres, mi silencio
y mi amor en un hueco de la casa.
Que no vuelvo a partir impunemente.
Que es bastante y no puedo dividirme
por más que el corazón me lo demande.
La mujer del amor no es una sola
porque con cada edad cambia el momento
y hasta me deja a tientas, desvalido.
Pero esa misma imagen que no altera
los rostros del amor, lo multiplica.
Sé que la juventud no está a mi alcance.
Que la vida nos cambia y no se puede
inventar una culpa ni un misterio.
Pero quiero su amor como lo tenga,
a la altura doméstica del día
o al nivel insondable de la noche.
Su simple amor mezclado con el mío.

LA CITA

Es cierto, nada vuelve como antes
porque uno no es el mismo que el de entonces.
La maravilla ocurre pero deja
el sabor agridulce del encuentro.
¿Quién acude a la cita cuando empieza
la estación del verano prometido?
¿Quiénes somos nosotros y qué voces
van tanteando en silencio las palabras
como si un ciego las dijera lejos?
Es cierto que te extraño, no es lo mismo
la pausa que se inventa en otro idioma.
No se amanece igual ni está la casa
en el mismo nivel del horizonte.
Habría que aprender qué cosas duelen
y no hablar del pasado que resbala
con la evidencia cruel de lo perdido.
Simple sabiduría de encontrarse
con las razones que nos da el destino.
Uno se va juntando con sus muertos
pero dobla la apuesta por la vida.

DECIR: TE AMO

Decir: Te amo
quiere decir memoria, olvido, tiempo
que nos hemos gastado,
decisiones,
cada elección certera o insensata
y la renuncia al todo más ajeno.
Es ese andar a tientas por la vida
con aire de saber qué es el futuro
pero apenas rozándolo sin fechas.
Es una imprevisión que nos mantiene
vivos sin esperanza y sin secretos.
Decir: Te amo
es volver al pasado de visita,
como un espectador que reconoce
apenas
los rostros y los cuerpos que no somos.
Es olvidar la luna del espejo
pero saber que por la piel avanzan
los años sin apuro.
Es no saber de sumas ni de restas,
es permitirse viajes, lejanías
y otras explicaciones que desandan
desde un tiempo anterior la propia vida.
Es acaso saber, por las ausencias,
lo que vale estar juntos.

Decir: Te amo
es permitirse el mundo todavía.

3. LAS VOCES QUE SE FUERON

"Nada perdurará para dar testimonio.
Uno se lleva todo. Sus historias,
la clave de sus miedos, la lóbrega codicia,
la indiferencia, el odio,
los almanaques viejos."

Horacio Preler
(Lo real, nuestra casa)

"Tantos fantasmas murmuran sus frases
incompletas
siempre algo que fue dicho a medias
y a medias olvidado."

Elvira Alejandra Quintero
(5000 kilómetros al Sur)

"Sabíamos que la muerte te rondaba pero nos
acostumbramos a tu vida
sin embargo la vida se me llenó de muerte esa mañana"

Horacio Salas
(Dar de nuevo)

RELECTURA

Sí, la muerte es injusta. ¿Toda muerte?
Por lo menos aquélla
que nos quita las páginas en blanco
del poeta que estuvo imaginándolas.
Tanto libro encendido, tantos versos,
tanto afán compartido
desde la misma voz que nos lo daba.
Como la mano o el abrazo y la palabra justa.
Uno tiene su olvido cotidiano,
ese pequeño olvido
de postergar lecturas, de saberse
tan seguro de andar cerca y dispuesto.
Y cuando alguien se apaga, demudados,
hay que volver a hallarlo y es entonces
que una ausencia tristísima nos deja
con la culpa y las marcas que sabíamos,
con la voz que juntó sus maravillas,
con la simple certeza del pasado,
con la escueta razón de su escritura.

REVISANDO LIBROS

¿Y si fuera la letra suficiente?
Una letra vital, reconocible,
más allá del decir de las palabras.
Más allá de la fecha que atestigua
por cuántos almanaques nos arrastró la vida.
Cuántas dedicatorias, cuántos libros marcados
y el camino de siempre en la poesía.
¿Tengo todos sus libros? No me vale
registrar inventarios, coincidencias,
páginas tan sabidas que aun me duelen,
decir que no se fue, que está conmigo.
Acaricio lo escrito, no es bastante
pero su letra está, no se me pierde.

DESPEDIDA DE POETAS

a Olga Orozco, a Alejandra Pizarnik.

Se fue Alejandra, hace años,
demasiado joven.
También Olga, no joven, pero sí antes de tiempo.
¿Cuál era el momento de proteger estas voces?
¿Cuál el vacío que nos dejan?
Uno no sabe llamar a la tristeza mientras escribe
pero ella viene sola.
Desde la sombra de un poema viaja por el silencio
y el recuerdo es apenas una excusa sin alma.
Esa vuelta hacia atrás me hace más viejo.
No recupero nada, porque nada he perdido.
En la poesía
-para siempre-
han quedado sus voces.

LA VOZ QUE PERMANECE

a Jorge García Sabal

Me quedo en la lectura de un poema,
estoy dentro del clima
-fuera de la historia-
y sin embargo puedo permitirme
la coincidencia de otra voz.
Lo extraño
es que esa voz no vive,
se ha quedado encerrada en la escritura
y me habla desde allí.
No es raro que la sienta,
sólo me apena ese tardío
descubrimiento,
como si la injusticia, livianamente,
cruzara por un nombre que supo hablar aquí
y ahora se ha ido.

LEJOS

a Miguel Ángel Páez

En los sesenta nos juntó la ciudad y la poesía
cuando la noche sabía estirarse inútilmente
y los compañeros reconocíamos la vida
que todavía era joven.
Aquel comienzo no fue bueno pero uno
aprende a perdonarse.
Después
muchos soles pasaron
mucha pena también para el país
y tu exilio se volvió definitivo.
Guardián de los gatos y sus nombres
y también de tus versos
tu poesía nunca aprendió a refugiarse en un libro,
sólo revistas y papeles sueltos.
Aquellos *tangos nobles y sentimentales*
con la escritura de tu vieja máquina
nos perseguirán hasta el olvido.
Uccle es un antiguo barrio de Bruselas
donde la ceremonia del fuego y las cenizas
te despidió de todo.

A ROBERTO SANTORO

a 35 años de su secuestro y desaparición

Los amigos no alcanzan para hablarte
porque no hubo lugar ni despedida
y el tiempo que pasó nos hizo viejos.
Los años nos dejaron como muestra
de toda tu pasión un hueco triste
con Dolores y Paula.
Y tu poesía.
Por eso no me explico
que vuelva cada tanto a reescribirte
una carta sin rumbo, algún poema.

Nunca pensamos en la sobrevida
de aquello que dijimos.

Pero tu voz está sobre el olvido.

HAY UNA MÚSICA

a Roberto Díaz

¿Cuál era la mano que dejó de escribir:
la izquierda o la derecha?
¿Cuándo empezaste a despedirte sin decirlo?
La mitad de tus amigos no lo supo.
La respiración de la poesía no entiende de ausencias
pero la muerte te traicionó.
Como en una novela policial:
vos conocías esas trampas.
Coincidencias venidas desde la juventud,
debe ser duro irse antes de hora.
Yo diría
que es duro quedarme sin tu abrazo.
Hay una música (inútil consuelo)
que sabe venir con tus poemas
desde el libro que se arrebuja en nuestras manos.
Hay otra música (también inútil ahora)
que nos pintó con tu palabra en la canción
tu viejo patio de otro tiempo.
Pero ese valsecito se nos quebró.

MUERTE DE UN POETA

a Juan Gelman

A veces
cuando se muere un poeta
hay que quedarse callado.
No por los recuerdos comunes
de lo vivido
(que no siempre existen)
sino porque los ecos de su voz ausente nos enmudecen solos.
Esos poemas que saben persistir
con su rastro asombrado de quedarse en uno.
Vienen también las fotos. Y los ojos.
Como un antiguo archivo dado vuelta
caen
mezcla de edades y miradas
de tristeza y fatiga
de premios y de duelo.
La avidez de la nota
o la penumbra de la fantasía.
Hay momentos que bajan escapados del sueño.
Son testigos que el aire disimula
y las manos se quedan con la nada del alma.
La mano de escribir
no sabe aproximarse a lo que tanto tuvo
y ahora le falta.
Su poesía

permanece en los libros.
Forma de no morir.

LIBRO PÓSTUMO

a Ernesto Goldar

Triste celebración porque este tiempo
no sabe prorrogar simples adioses
y a los amigos del café o del libro
nos golpeó tu temprana despedida.
Como un verso desnudo
otra ironía
que conocimos en tu voz de siempre:
ese sonido, entre pausado y grave
que tu lectura daba a tus poemas.
Otro libro tu libro entre nosotros,
rara celebración desde la muerte.
Otro mirar la foto que ya nunca envejece
mientras no cambia nada sin tus pasos.
¿Qué me perdí? Lo ignoro.
Y ya no puedo
rebobinar el tiempo, ir a tu encuentro.
No estoy solo en la vida pero a veces
duele ver que en la cuenta falta uno.

TRAMPAS

a Martín Andrade

Trampas que nos hizo lo que ya conocíamos.
O descuidos
porque a veces parecíamos invulnerables.
Cómo nos hiere la noticia.
Cómo nos miente la confiabilidad.
Compartir una copa
entre el humor ácido y el comentario.
Seguramente la intensidad tuvo otro destino.
Pero ¿quién le pedirá a tu voz
que abra el camino fiel de la lectura
pausada y certera?
No siempre es cierto que la poesía nos salva.
Ni los fantasmas ocupan las sillas del bar.
¿Cuánto de tu vida pudimos compartir?
Nos hablaste del tiempo. Cito:
"ese implacable constructor de recuerdos".
Pero los recuerdos se acabarán
con cada uno de nosotros.
¿Y tu hija?
Nada sabemos de la despedida
porque la muerte es una cita a solas.

HAY PALABRAS

a Juan García Gayo

Hay palabras que dejamos de usar
porque perdieron su sentido.
"Irreparable" es una de ellas.
Pero cómo me explico, cómo puedo llegar a convencerme
de que no estás.
No es fácil inventar otra palabra.
Paradojas del tiempo y las agendas,
coincidencias sutiles,
diálogo más frecuente que no sabe sumarse:
nunca nos vimos tanto como esta primavera
que va a acabar tan triste en Buenos Aires.
Tengo aquel primer libro y lo que vino
después:
palabras, años, muertes y festejos.
Y una sonrisa que se dibujaba
por el camino afín de tu ironía.
Aun me queda tu voz reconocible
por la ruta más cierta de un poema.
Nadie se despidió de su amor como vos
después de *Inosha.*
Y el *"himno nacional"* ya no fue el mismo
tras esa caminata que le inventaste por San Telmo.
O *"la puta vida, la maravillosa"*
que nos sacude desde tu último libro.

La que *“te pide que dejes de correr, te invita a descansar”,*
pero no este descanso sin otra despedida.
Hay viajes de los que no se vuelve.
Te vamos a extrañar.
Ya te extrañamos.

LA NOCHE SIN ABRAZOS

para Enrique Bossero

Uno puede dolerse. Pero de qué nos vale
si otros van a sentirlo
en la piel, en el beso o en la voz apagada;
en la semana triste o en el día sin cuidados;
en el diciembre angosto que no supo aferrarlo,
ese mes tan exacto que se llevó consigo.
No conozco a sus hijos para ir a despedirlo
ni pienso en los adioses sin respuesta.
La muerte no sostiene más que adioses
y nada me convence.
Porque está en sus poemas.
Fue una amistad bien corta pero fuerte
de acercarnos lo escrito y su sonido.
Ese sonido extraño en otra música
que supo compartir sin egoísmos.
En esas cartas breves que se mandan
ahora
sin timbre ni cartero, por el aire,
nos prometimos un encuentro cierto.
Y ya no hay nada cierto. Su recuerdo
baja desde la noche sin abrazos.

UNA SEPARACIÓN

a Horacio Preler

¿Qué nos demanda una separación?
Digo
no esos alejamientos del amor
sino aquéllos
más simples de vivir en ciudades distintas,
en distintos momentos cuando el día
nos baja hacia la calle;
en diferentes horas de lectura y poesía.
Cuando falta el abrazo, el apretón de manos
el silencio que abarca
toda la soledad no compartida.
¿Por qué no nos encuentra
esa vieja amistad que nos debíamos?
Y de repente la noticia: otra voz que se fue.
Que es imposible
cuidar
tan egoístas, tan avaros de oírla, tan distantes
en el momento cruel sin despedidas.
No me resigno.
Que me lo digan tarde, que me avisen después.
Pobre desnuda voz sin la poesía.

TELÓN

Será para cerrar estos poemas.
Libro de despedida sin adioses.
Libro de la sorpresa y de la duda.
Trascurrida la infancia
nunca supe llorar.
No hay lágrimas entonces
para hacer este cómputo de ausencias
mezclada la amistad con la poesía.
La vida que viví fue suficiente.
Lo que siga escribiendo
puede quedar inédito. No soy indispensable.
Tengo que ir al final
para cerrar la puerta silenciosa
según la vieja broma mil veces repetida:
ser el último
para apagar la luz.

CONTRATAPA

Hacia finales de los años cincuenta se produjo un notable renacer de la poesía, tanto en la ciudad de Buenos Aires como en varias provincias argentinas. Desde las nuevas revistas literarias surgieron nombres jóvenes y se afirmó la obra de creadores casi alcanzados por el olvido, que reaparecían muchas veces acompañados por alguna guitarra criolla. (Así los casos de Manuel J. Castilla, Jaime Dávalos, Atahualpa Yupanqui, que integraron los paisajes del interior a las calles de la ciudad). Los miembros de la flamante "generación del 60", según se denominó a dicho grupo en toda Latinoamérica, comenzaron a publicar sus primeros libros usando un lenguaje proveniente de los giros verbales, las charlas entre amigos, las frases oídas al pasar por las esquinas más concurridas de las ciudades. Allí podía mezclarse cierto aire de época con palabras arcaicas rescatadas de antiguas letras de tango ya incorporadas (acaso sin saberlo) al inventario de términos porteños herederos de la inmigración.

En ese clima apareció el libro iniciático de Rafael Alberto Vásquez. Un autor prototípico –y para siempre– del sesentismo, editado por el mítico impresor Francisco Colombo. Ya desde aquellos días lejanos sería imposible –una pura injusticia– nombra a los sesenta sin mencionar su personal aporte al desarrollo de la poesía argentina. Y aquí un dato confidencial: todos los años espero la llegada de sus poemas. Con el paso del tiempo, sus nuevos trabajos nunca me han defraudado (no puedo olvidar después de tantos años el insoslayable "Canto confidencial a Buenos Aires", acaso uno de los mejores poemas de aquellos años).

Rafael, fuiste y sos un poetazo, y me gusta subrayarlo. Una vez más.

Horacio Salas
Febrero/2015

DATOS DEL AUTOR

E-mail: raphaelvasquez@yahoo.com.ar

Nació en Buenos Aires en 1930. Lector de poesía desde la infancia, poeta desde hace mucho tiempo. Integró el Grupo "Barrilete" y co-participó de la dirección de la revista entre 1963 y 1967. Publicó en poesía: *La verdad al viento,* Imprenta Colombo, 1962; *Apuesta diaria*, Editorial El Barrilete, 1964; *La vida y los fantasmas*, Editorial Kraft, 1968; *La piel y la alegría*, Ediciones La Trenza Loca, 1973; *Hay sol en Buenos Aires*, Editorial Papeles de Buenos Aires, 1975; *Cercos de la memoria*, Libros de Tierra Firme, 1992; *Ciclo de poetas del 60. Rafael Alberto Vásquez*, Secretaría de Educación de la Ciudad, 2003; *Ese sitio sin paz de la memoria*, Libros de Tierra Firme, 2007; *Explicaciones y retratos*, El Mono Armado, 2011; *Pequeñas muertes, provisorios olvidos*, El Mono Armado, 2016. En prosa, *Informe sobre Santoro*, Libros de Tierra Firme, 2003.

Entre otras distinciones recibió la Faja de Honor de la SADE en el año 1964 y el Gran Premio de Honor 2014 de la Fundación Argentina para la Poesía. Fue incluido en doce antologías editadas en el país y una en

el Paraguay. Algunos de sus poemas fueron traducidos al italiano por Gabriel Impaglione y publicados en su revista *Isla Negra*.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results
Versión detectada: EPUB 2.1
Resultados: ¡Felicitaciones! No se encontraron problemas en vasquez_pequenias_muertes_provisorios_olvidos.epub

ibuk
Biblioteca de Poesía